



Fabián Andrés Pérez

Académico Departamento de Humanidades, UNAB Vía del Mar

Venezuela en la encrucijada

Este domingo 28 de julio, en medio de un ambiente polarizado y enrarecido, se celebrarán las elecciones presidenciales en Venezuela. A lo de polarizado y enrarecido debería agregarse otro elemento para el análisis: escepticismo o, derechamente, una mirada descreída. ¿Cuáles son los escenarios posibles? ¿Le importa -o debería importarle- al resto de Latinoamérica? Deberíamos analizar, al menos, dos o tres puntos de muchos posibles.

1.- “Yo o el abismo”. En el último tiempo, hemos visto que en el ámbito político internacional crece peligrosamente la retórica maximalista que invita a la elección entre una opción o el caos, un camino o la muerte, la seguridad o el peligro, la estabilidad o la anomía. Nicolás Maduro, a pesar de que durante la campaña patrocinada con fondos, plataformas y poderes estatales ocupó una retórica cargada de eufemismos que ofrecían el binomio “yo o el abismo”, la semana recién pasada fue un paso más allá: “Yo o un baño de sangre” y “yo o una guerra fratricida (producto de los fascistas)”. Rápidamente, esto llamó la atención interna y externa al proceso, pues abonó los terrores más comunes de un país golpeado por la crisis, el exilio forzado y autoimpuesto y una democracia cuestionada y maquillada: a) la presión bélica y el peso de la violencia sobre una población ya fatigada y desesperanzada por la crisis económica, la polarización, la persecución de las ideas disidentes y b) la pérdida de la poca esperanza que había sobre un proceso justo y transparente.

2.- Sobre esto último, un proceso electoral justo y transparente, habría que ser un poco más incisivos. La oposición sospecha, la

mayoría de las veces con razones fundadas, en que la pelea electoral no es justa. Con María Corina Machado, la principal figura opositora y otrora favorita en las encuestas, inhabilitada para ser candidata presidencial, se hizo evidente que alguna argucia o astucia se urdía en las oficinas del palacio presidencial y en los cuarteles bolivarianos con el fin de ganar, como sea y a cualquier precio, las elecciones. Pero (aquí la contradicción) la idea de Maduro de mantenerse en el poder por seis años más -añadidos a los once que lleva en el Palacio de Miraflores- es interpretada por la oposición al régimen como una señal de debilidad. Da la impresión, desde fuera, que ni el propio Maduro ve esperanza de ganar si no es por el amañe electoral o, al menos, la presión del abismo sobre los electores.

3.- Sobre esto último, el desapego de la izquierda latinoamericana e internacional ha sido evidente. Boric, por ejemplo, al ser electo Presidente y ante las felicitaciones de Maduro, no tuvo reparos ni demoras en criticar su falta de “apego irrestricto a los derechos humanos”; Petro, Milei o Bukele -estos últimos, también en la deriva del personalismo y el autoritarismo populista- han tenido manifiestos cruces con el gobernante venezolano. Y en esta última semana antes de las elecciones, Lula, antes amigo del chavismo y la revolución bolivariana, expresó su perplejidad y temor frente a las declaraciones de Maduro.

Lo cierto es que el panorama electoral venezolano se ve complejo, en el delirio, en la oscilación, en la incertidumbre. Esperemos que los electores no deban mirar el abismo, porque, como propuso Nietzsche, este puede mirar de vuelta, no se puede soportar y es indómito.